

MATARRATAS

El crimen perfecto existe

ALEJANDRO ARÍS

Ed Carson se enfundó la gruesa pelliza de franela forrada de piel de mapache y salió de su casa. Todavía había restos de nieve en el suelo. El invierno había sido muy duro en Wisconsin y todos los granjeros estaban preocupados por la supervivencia de sus vacas, sin apenas pastos con que alimentarlas. Se montó en su tractor y decidió dar una vuelta por la granja. Subió una loma y, al coronarla, el panorama que se ofreció a sus ojos no podía ser más desolador. En la pendiente descendente, tres animales yacían tumbados, inmóviles. Se acercó a uno de ellos y comprobó que estaba muerto. De su boca salía una estría de sangre oscura, todavía líquida. Se acercó a los otros dos. También estaban muertos. Ambos presentaban idénticas hemorragias por la boca. El corazón de Ed latió fuertemente. Había invertido todo su dinero en ganado y era su única forma de sustento en aquellos años castigados por la Gran Depresión. Subió de nuevo al tractor y continuó su recorrido. Bajo un enorme árbol, del que comenzaban a brotar hojas, encontró dos vacas más. Muertas. Sus peores sospechas se habían hecho realidad. Ya hacía años que se hablaba de una enfermedad hemorrágica del ganado de origen desconocido. Afortunadamente, no había afectado demasiado al área de Wisconsin, donde la industria láctea constituía la fuente de riqueza más importante del Estado. Pero él no podía asumir la pérdida de cinco animales. Con la cabeza embotada por su hallazgo, regresó a su casa. Su mujer, Mary, se encontraba en la cocina preparando un humilde guiso de

verduras. Hacía semanas que no probaban la carne. Ed se sentó ante la mesa de la cocina y comenzó a llorar.

-¿Qué te pasa? -preguntó ella, asustada.

-Mary, estamos arruinados -le contestó el granjero sin poder dejar de sollozar.

* * *

Karl Paul Link no podía quejarse. Tras una estancia muy fructífera en Austria, había regresado a su Estado natal, Wisconsin, en cuya universidad había estudiado. Hacía un año que había tomado posesión de la cátedra de Bioquímica de su alma máter.

Aquella mañana se encontraba en su laboratorio.

«Departamento de Química Agrícola», rezaba el letrero de la puerta. Se puso a charlar con su ayudante, Harold Campbell, cuando en el exterior se produjo una algarabía.

-Le he dicho que no puede pasar -se oyó la voz de su secretaria en tono muy alto.

Un desconocido le replicaba.

-No me iré de aquí sin ver al profesor Link. -El desconocido pugnaba por entrar.

-¿Qué pasa, Rose? ¿Qué quiere ese hombre?

-Insiste en verle, doctor Link. Yo le he dicho que tenía que anunciarle pero no me ha dado ocasión de hacerlo.

Link miró al hombre. Vestía una pelliza de franela gastada y llevaba un cubo grande en su mano derecha. Sus ojos delataban la determinación del desesperado.

-Está bien, Rose. Déjelo pasar.

El hombre se aproximó a la pareja de científicos y depositó el cubo en el suelo. Ambos hicieron un gesto de asco al ver su contenido.

-¿Saben lo que es esto? Sangre. Sangre de una de las cinco vacas que he encontrado muertas esta mañana. Y fíjense: no coagula. Hace más de dos horas que la extraje y aún no ha coagulado. Fuera tengo más de cien libras del forraje que he plantado para alimentarlas. He oído decir que la culpa de estas hemorragias la tiene esa maldita hierba que hemos traído de Europa para dar de comer a nuestras vacas. En mala hora.

-¿Y qué quiere que hagamos nosotros?

El tono de malhumor de Ed Carson se trocó en uno de súplica.

-Por favor, encuentren la causa de la muerte de estas vacas. Si no hacen algo, toda la industria láctea de Wisconsin se va a ir a la mierda.

Link y Campbell se miraron. Inmediatamente, se dieron cuenta de que tenían delante un proyecto apasionante.